

LOS MÉTODOS DE LUCHA

Documento presentado por el POR de Bolivia a la Conferencia Latinoamericana

1.- Partimos de la concepción leninista de que los diversos métodos de lucha, creados hasta hoy por las masas y los que pudiesen crearse en el futuro, deben ser actualizados y usados de acuerdo a las condiciones políticas imperantes en cierto momento. No existen métodos de lucha que puedan ser empleados en cualesquiera circunstancias. Los métodos que en cierto momento sirven perfectamente a los fines revolucionarios pueden dejar de ser útiles cuando se modifican las circunstancias.

2.- Los métodos que emplea el trotskismo son los métodos de la revolución proletaria, en cuya base se encuentran la movilización y la acción directa de masas, y que puedan adquirir una múltiple gama de manifestaciones formales, de acuerdo a las particularidades nacionales y a la particular evolución de la conciencia de clase de los trabajadores. Se tiene que señalar una y otra vez que la revolución social la harán las masas o ésta no se producirá. Constituye una gravísima desviación, fomentada por las tendencias foquistas, desembozadas o vergonzantes, el pretender sustituir a las masas, que normalmente se mueven con mucha lentitud, con grupos minoritarios y heroicos, que la lucha de clases la reemplazan con la desesperación típicamente estudiantil o intelectual.

3.- Son las masas las que deben madurar políticamente para ser capaces de utilizar ciertos métodos de lucha y el partido revolucionario no debe mirar con desdén o desconfianza cuando los explotados, por haber sido colocados frente a una situación peculiar, utilizan formas de lucha hasta entonces desconocidas. Los explotados recurren a ciertos métodos por una necesidad histórica, es decir que su utilización se convierte en condición imprescindible para realizar ciertos objetivos, y no porque alguna capilla de especuladores o un grupículo de gente entrenada en actividades militares les inciten a ello.

El partido político constituye el elemento fundamental y activo que motoriza el avance de la evolución de la conciencia de clase y en esta medida trabaja positivamente para que sea posible la utilización, por parte de las masas, de ciertos métodos de lucha. Pero, ni siquiera el partido señala arbitraria o anticipadamente por cuáles métodos se desarrollará la actividad revolucionaria, pues las futuras circunstancias precisas por las que recorrerá la lucha de clases son sencillamente imprevisibles.

La vigencia de los métodos de lucha no está determinada porque se encuentren catalogados en los textos marxistas clásicos, sino que dependen de la situación política y de la madurez de las masas. La actividad del Partido lo que hace es asimilar la obra de las masas –también en materia de métodos de lucha– y generalizar esa adquisición, coadyuvar para que sea incorporada al arsenal de la clase. El parlamentarismo pequeño-burgués –mezcla presunción y mesianismo– esta empeñado en enseñar a luchar a los obreros y dicta para ellos curiosas recetas sobre los mejores métodos de lucha, etc. Toda esta palabrería concluye sirviendo a la reacción criolla y al imperialismo.

4.- La acción directa quiere decir que las masas toman en sus manos sus problemas y los del país y los resuelven por su cuenta, utilizando sus organizaciones, su fuerza y sus recursos propios, al margen de toda ingerencia extraña, ya sea de las autoridades, de las leyes burguesas o de las instituciones e ideología de las otras clases sociales. La acción directa puede adquirir las formas más diversas: desde las manifestaciones callejeras, presiones de todo tipo sobre los patrones o "su" Estado, hasta las múltiples manifestaciones huelguísticas y todas las variantes de la lucha armada de las masas.

Cuando los métodos de lucha se consideran como manifestaciones de la acción directa se supone que nos estamos refiriendo a los métodos que se utilizan para la movilización de las masas y para que éstas impongan sus objetivos. El uso irresponsable y aventurero de determinados métodos de lucha sólo puede darse cuando algunos grupículos se lanzan a hacer la "revolución" por su cuenta y riesgo, con la seguridad de que el "pueblo" les aplaudirá y secundará pasivamente.

Esta concepción del empleo de los métodos de lucha se opone radicalmente al populismo, que concluye disolviendo la conciencia proletaria en la masa gris y abstracta de lo que ellos consideran como pueblo y que, en realidad, no es otra cosa que la subordinación de la clase obrera a la dirección burguesa o pequeñaburguesa. Estas direcciones para consumir sus operaciones blanquistas precisan inventarse métodos de lucha y de un modo natural intentan imponerlos a las masas.

5.- No puede haber la menor duda acerca de que el proceso revolucionario se encamina a la lucha armada que sera necesario desencadenar para expulsar del poder a los gobiernos caducos y tambaleantes de la reaccion. En la etapa preparatoria de la insurrección pueden los trabajadores varee obligados a recurrir a Las armas una y otra vez. La lucha revolucionaria supone para nosotros las múltiples formas de la lucha armada pero todas estas aun sólo un aspecto de la política rovolucionaria del proletariado, por haberse conuertido éste en caudillo nacional, por encarnar los intereses, el proletariado impone sus métodos a las otras clases sociales, es decir, a la mayoría del país.

La lucha armada, a su vez, puede adquirir las mas diversas formas y cada una de éstas puede o no entrar en vigencia, siempre con relación a la situación política, que está determinada por las actitudes que asumen las masas.

La lucha armada no es un fin en sí misma ni se trata de una forma de lucha que se le impone a las masas desde fuera; es, contrariamente, una de las manifestaciones de su movilización, de su radicalismo y politización, en fin, de su lucha hacia el poder. Los explotados al levantarse revolucionariamente van creando órganos de poder, que, en determinada circunstancia, se ven obligados a recurrir a las armas para imponer sus decisiones. Lo que queremos significar es que tanto el armamento como las operaciones militares deben considerarse, y sólo valen como tales, manifestaciones de las clases que se levantan contra el estado de cosas imperante, bajo la dirección del proletariado.

Hay que luchar sistemática y enérgicamente contra todas las desviaciones militaristas, que consideran la lucha armada, en cualesquiera de sus formas, como una finalidad en sí, como patrimonio de una minoría que actúa a espaldas de las masas.

La lucha armada sirve a la política revolucionaria y, de una manera general, no es más que su prolongación por otros medios. Para los militaristas, la lucha armada está por encima de la política, de la lucha de clases y de los mismos partidos. El trotskysmo pugna porque los destacamentos armados se sometan ideológica y organizativamente a la dirección del partido revolucionario de la clase obrera.

La actividad militar y la lucha armada adquieren trascendencia para las masas y la actividad revolucionaria si son obra de las masas, sólo en esta medida pueden contribuir al avance de la evolución de la conciencia de clase. Si la lucha armada y los problemas militares se circunscriben a ser expresiones de un pequeño grupo pierden toda significación para la clase.

El proletariado latinoamericano ha protagonizado muchas formas de lucha armada contra sus opresores y tiene una rica experiencia en materia de armamento; la actividad revolucionaria debe partir de esta experiencia, debe asimilarla y elevarla políticamente.

6.- La norma suprema en la materia consiste en subordinar todos los métodos de lucha que utilicen las masas, desde el parlamentarismo hasta la lucha armada, a la acción directa de masas; todos los métodos se le deben subordinar.

La actuación del Partido revolucionario debe tender a que las explosiones revolucionarias de las masas subordinen a la acción del proletariado. Por otro lado, la tarea propagandística del trotskysmo, a tiempo de superar todas las desviaciones militaristas y foquistas, deben enseñar que la acción directa es la madre de todos los métodos de lucha.

7.- El armamento de las masas y la organización de los destacamentos de combate, deben encararse corno manifestaciones de la poderosa movilización de los explotados, como la respuesta a necesidades concretas.

En el plano de la propaganda, el armamento de las masas y particularmente de la clase obrera, cobra una actualidad permanente. En este plano, lo trascendental consiste en enseñar la urgencia de proceder a ese armamento.

Sólo la dirección del partido y la concepción de que armamento y acciones militares son parte de la política revolucionaria de la clase, pueden evitar que se cometan aventuras y desviaciones caricaturescas.

8.- La insurrección debe ser considerada, tal cual es en los hechos, como el punto culminante del proceso

revolucionario y no como un otro método más de lucha que puede oponerse o entrar en competencia con otros. Esta desvirtuación es propia de algunos ultraizquierdistas, que nos hablan en sentido de que ellos tienen métodos más importantes que el método insurreccional. Si los métodos de lucha están bien aplicados deben conducir a la insurrección y no al aborto o las frustraciones. En el punto culminante de la insurrección, cuando se trata del hecho de tomar físicamente el poder, la política es reducida al arte militar, pero no se trata de que se hubiese emancipado de la estrategia revolucionaria, sino, contrariamente, de que debe servirla a cabalidad.

9.- La construcción de los partidos revolucionarios en América Latina no puede darse al margen de la más severa crítica de las tendencias extrañas al proletariado que pregonan, como receta salvadora, la permanente preeminencia de cierto método de lucha o su uso obligatorio y exclusivo. Esta lucha se librará tomando en cuenta las consideraciones anteriores, lo que supone superar las tremendas limitaciones de los ultraizquierdistas en general (foquistas, populistas, pablistas, etc.) de los stalinistas parlamentarios y de los nacionalistas, muchas de cuyas tendencias son francamente putchistas. La discusión diaria acerca de los métodos de lucha a emplearse en América Latina cobra una gran importancia y puede ayudar a la vanguardia revolucionaria a madurar rápidamente.

10.- El partido revolucionario tiende a que todas las acciones militares y los destacamentos armados estén bajo su dirección política, así lo exige el porvenir de la revolución. Sin embargo, la lucha de clases sería inconcebible si no se tiene en cuenta que siempre existe un margen mayor o menor, de acciones espontáneas, concepción que se hace extensiva también al problema militar y del armamento. En los momentos de mayor tensión de las contradicciones de clase, las masas exteriorizan su gran capacidad creadora a través de las acciones espontáneas, en un gran número de casos.

El partido no rechaza ni da las espaldas a las acciones espontáneas, sino que entronca en ellas y trabaja firmemente para darles un claro contenido político, para transformarlas en concientes.

No pocas veces inclusive la creación de los órganos de poder (fue notable el caso de los campesinos en 1952) es consecuencia de la actividad espontánea. El partido, en este caso, penetra y actúa en el seno de la nueva organización buscando orientarla políticamente.

Las acciones militares espontáneas menudean, particularmente en los momentos en que comienza el ascenso de las masas, cuando la actividad del partido revolucionario es todavía limitada. La suerte de la revolución aconseja que esas acciones sean centralizadas y elevadas en su contenido, hasta transformarse en acciones políticamente controladas.

LOS ESTADOS UNIDOS SOCIALISTAS DE AMÉRICA LATINA

Documento presentado por el P.O.R. de Bolivia a la Conferencia Latinoamericana

1. Históricamente la unidad de América Latina (en forma de un solo Estado y una sola nación o como confederación de Estados) fue formulada a comienzos del siglo XIX como una reivindicación democrática burguesa muy avanzada. Si no pudo materializarse entonces fue debido a los intereses de las grandes potencias capitalistas, que impusieron a América Latina su incorporación a la economía capitalista mundial y que para oprimir y explotarla mejor utilizaron el fácil recurso de parcelarla siguiendo la división introducida por la administración española y hasta los intereses del gamonalismo. Al mismo tiempo, el no cumplimiento oportuno de esta tarea vino a demostrar la extrema debilidad de la burguesía latinoamericana.

2. Algunos Estados, como el boliviano, por ejemplo, nacieron por la imposición de la aristocracia terrateniente contra las corrientes unionistas, que expresaban los intereses de las capas más avanzadas de quienes acaudillaron la revolución emancipadora. Los proyectos de unidad continental fueron sustituidos por otros regionales y hasta bilaterales, pero todos fracasaron al no poder vencer los menguados intereses de los gobiernos regionales y menos la oposición y las maniobras de las metrópolis capitalistas. El vasto movimiento de la Unión Americana, que conoció su mayor florecimiento como respuesta a los aprestos

invasores de España (Siglo XIX), naufragó como una pose literaria. Mucho más tarde, la intelectualidad pequeño-burguesa discursó y provocó escándalos periodísticos alrededor de la vieja consigna. Por su naturaleza de clase, la dirección pequeño-burguesa no puede desarrollar esa política por mucho tiempo y concluyó postrada de hinojos ante el imperialismo. La historia de la unidad continental, como planteamiento limitadamente democrático, es la historia del fracaso y de la postración de las burguesías nacionales. La burguesía no ha podido crear las condiciones materiales y el marco necesario para el gran desarrollo capitalista de América Latina; se ha convertido en instrumento de su balcanización, sirviendo así los intereses imperialistas y hasta feudales.

3. En el período de desintegración mundial del imperialismo, los gobiernos títeres de las republiquetas americanas no se cansan de plantear fórmulas de unidad económica regional, pero no lo hacen para emanciparse de la metrópoli o para oponerle tenaz resistencia, sino para viabilizar sus planes de control y mayor explotación del continente o bien para beneficiarse con las migajas que les arrojan los Estados Unidos a cambio del ensanchamiento del mercado interno, de la uniformación de las imposiciones aduaneras, de las modalidades de pago, etc., todas medidas prácticas que pueden facilitar la mayor penetración imperialista. Estos pactos regionales favorecen a ciertos países, a aquellos que han logrado un mayor desarrollo industrial, a costa de los otros. No son ciertamente el camino de la liberación y no pueden ni deben ser confundidos con la idea originaria de Bolívar, cuya más grande preocupación era la de unir a los latinoamericanos para que no fuesen engullidos por la voracidad de los europeos o norteamericanos. Sería absurdo esperar que por el camino de los pactos regionales pueda cumplirse, por lo menos parcialmente, la tarea democrática formulada en el siglo XIX.

4. La unidad continental, como todas las tareas democráticas incumplidas, ha pasado a manos del proletariado, que pugna y batalla para convertirse en caudillo nacional, y, por este hecho, se transforma fundamentalmente.

Si en el siglo XIX fue una consigna democrática, ahora, en el siglo XX, expresada por boca de la clase obrera adquiere proyecciones socialistas. No se trata ya de unir el continente para hacer posible el desarrollo del capitalismo latinoamericano, sino de utilizar la unidad continental para resolver las tareas emergentes de las revoluciones acaudilladas por el proletariado e iniciadas en las fronteras nacionales. La revolución permanente recorrerá el camino de los Estados Unidos Socialistas de América Latina.

La unidad continental en manos del proletariado ha dejado de ser limitadamente democrático para transformarse en uno de los pre-requisitos imprescindibles para la construcción del socialismo.

5. Desahuciada como está la posibilidad de que sean los gobiernos títeres del imperialismo o los que obedecen a la línea nacionalista civil o castrense, los que puedan imponer la unidad continental, sólo puede concebirse como la obra creadora de los futuros gobiernos obrero-campesinos.

El que la unidad continental sólo pueda darse, en nuestra época, bajo la forma de los Estados Unidos Socialistas de América Latina es consecuencia de la particular mecánica de las clases sociales que tiene lugar en los países atrasados. Las burguesías nacionales y sus sucedáneas pequeño-burguesas siguen hablando de unidad e integración continentales y hasta intentan su realización de la manera más menguada, como lo demuestran los planes regionales; pero, ni las promesas ni los planes podrán encontrar total materialización debido a que los sectores burgueses más osados o las capillas pequeño-burguesas más radicalizadas, son, en definitiva, empujados a la trinchera contrarrevolucionaria por el proletariado que se encamina a superarlo políticamente y a destruir de raíz sus intereses y privilegios. La unidad continental sólo puede concebirse como parte de la lucha del proletariado, cuyo instinto socialista le obliga a destruir el régimen de la propiedad privada. No ha sido posible estructurar la unidad de los países latinoamericanos porque la revolución dirigida por el proletariado sufre un considerable retraso. Si la revolución se detuviese en la etapa democrática no será posible materializar la unidad continental. El gobierno obrero-campesino (tomamos aquí en su acepción sinónima de dictadura del proletariado apoyado por los campesinos) no tendrá más remedio que estructurar los Estados Unidos Socialistas de América Latina porque tiene que recorrer por ese canal para poder estructurar el socialismo. La unidad continental, por tanto, pasa para nosotros por la revolución proletaria, es uno de sus aspectos de continentalización, es la forma práctica del internacionalismo. No opone a la revolución mundial: contrariamente, desemboca en ella. Si la revolución de los países atrasados es sólo un aspecto de la revolución socialista mundial, los Estados Unidos Socialistas de América Latina forman parte de este proceso. Su estructuración es la proyección de la revolución permanente en el plano internacional. El

tremendo desnivel que se constata en la evolución de la conciencia del proletariado de los diversos países impide que la revolución en Latinoamérica se de de una manera simultánea en todas sus latitudes; pero el proletariado victorioso en una de las repúblicas no podrá menos, si desea consolidar su victoria y echar las bases materiales de la futura sociedad, que proyectarse internacionalmente, entroncar en el proceso de la revolución internacional, que, como objetivo inmediato, no puede menos que ser considerada como latinoamericana.

6. El stalinismo no habla de los Estados Unidos Socialistas de América Latina, por que éstos se oponen a su concepción de la revolución democrática-burguesa y por etapas. Sostenedores de las burguesías nacionales, propugnadores de la coexistencia pacífica pueden de una manera natural sostener los proyectos de integración regional que auspician los organismos imperialistas. Como quiera que para el stalinismo el establecimiento de los gobiernos obreros-campesinos y la revolución políticamente dirigida por el proletariado no pasan de ser utopías ultraizquierdistas, no hay lugar en sus esquemas capituladores para los Estados Unidos Socialistas de América Latina.

La ultraizquierda parte del supuesto de que la revolución latinoamericana será simultánea y no se cansa de elaborar planes foquistas con la intención de encender la chispa de la rebelión en todo el continente. Es explicable esta actitud sí se considera que los foquistas confesos y también los vergonzantes actúan y hacen planes a espaldas de las masas y pretendiendo sustituirlas. Ellos no se plantean los Estados Unidos Socialistas como parte del proceso de la revolución acaudillada por el proletariado, porque para ellos ésta última tampoco existe. Hablan de la revolución del pueblo y del gobierno del pueblo (en sus declaraciones y documentos el pueblo es una abstracción y no algo concreto y formado por clases sociales que tienen intereses y comportamientos diferentes). Como quiera que para ellos no existen tareas democráticas no cumplidas y menos formando parte de la revolución, que la sueñan puramente socialista no pueden darse cuenta de la significación que adquiere el hecho de que la consigna de la unidad continental pase de manos de la caduca burguesía nacional a las del proletariado.

Es solamente el trotskismo, fuerza política llamada a ajustar su conducta a las leyes de la revolución permanente, que son las leyes de la revolución en los países atrasados de nuestra época, que incluye en su programa la consigna de los Estados Unidos Socialistas de América Latina, no como una abstracción teórica, sino como una norma para la acción militante y como un norte para la movilización de las masas explotadas. Esta consigna nos permite desenmascarar el carácter reaccionario y entreguista, en último término, de los gobiernos titulados nacionalistas. Por otro lado, teniendo como norte la unidad continental bajo los gobiernos obreros-campesinos fácilmente se descubre el sello pro-imperialista de los intentos integracionistas regionales.

7. Como señala el Programa de Transición, la lucha por la liberación de los países atrasados de la opresión imperialista es una de las tareas fundamentales de la revolución. Hasta el momento la táctica del frente antiimperialista y la lucha misma contra la opresión foránea han sido consideradas dentro de la concepción stalinista: un frente que anula la lucha de clases, que debe desembocar en la unidad nacional y que debe estar dirigido por la burguesía o por la pequeña-burguesía.

La efectiva lucha contra el imperialismo, la formación del frente revolucionario antiimperialista dirigido por la clase obrera, puede concebirse al margen del objetivo de los Estados Unidos Socialistas de América Latina, sólo así, el proletariado unido en escala continental, firmemente entroncado en la revolución mundial, puede oponer resistencia y derrotar al imperialismo que actúa y oprime por encima de las fronteras nacionales. Somos los trotskistas los que acatamos muy en alto la bandera de la lucha antiimperialista y estamos; seguros de que concluirá en la victoria por estar dirigida por el proletariado, porque para nosotros el antiimperialismo es solo un aspecto de la revolución acaudillada por esta clase. Los que pregonen el antiimperialismo como una etapa previa de esta revolución, como un período de subordinación de la conciencia proletaria a las direcciones políticas que le son extrañas, no hacen otra cosa que preparar las condiciones para la derrota del movimiento revolucionario.

TUPAMAROS Y PARTIDO DE MASAS

Alain Labrousse- "Tupamaros: de la guerrilla al partido de masas" Ed. "Tercer mundo"(Santiago, Chile, 1971)

Extraído de Masas No. 405

Si este trabajo lo consideramos como informativo, su lectura es recomendable, el autor se esmera en presentarnos hechos, antecedentes y documentos de orígenes contrapuestos. Pero se trata de alguien comprometido y que cree en la validez de la tesis de los Tupamaros, por eso estamos obligados a discutir con él. No está en tela de juicio únicamente el foco, considerado como único método revolucionario, sino el que los Tupamaros puedan convertirse en el partido de masas del Uruguay. Los Tupamaros aparecen cuando ya se percibía una crisis en el pensamiento foquista y pretenden en cierta manera su rectificación.

Está fuera de duda "la calidad de la organización del MLN y su eficacia militar", la experiencia ha dicho al respecto su palabra, Tales premisas no son suficientes, sin embargo, para que podamos llegar a la conclusión de que los Tupamaros se transformarán en el partido de masas. La buena organización y la eficacia militar dependen de los recursos materiales y de la experiencia y el que el foco pueda elevarse hasta ser partido es algo que puede negarse, conforme a las enseñanzas de la experiencia y de la teoría.

El foquismo y la acción de los Tupamaros constituyen saludables reacciones ante la poltronería y la inoperancia de los viejos partidos y ante el encubrimiento de su inercia detrás de la discusión por la discusión. Quiérase o no, los Tupamaros se organizaron como sustituto de la organización partidista, que las consideraban caducas e inoperantes. El escrito de Labrousse da la impresión de que, como consecuencia de la experiencia adquirida y de la evolución de la política uruguaya, nuevamente los Tupamaros se plantean la vuelta al partido. Se trata de un grupo sumamente heterogéneo por su origen y que deliberadamente se organizan y viven al margen de una concepción ideológica.

Los Tupamaros se destacan del foquismo clásico porque van hacia la masa e indudablemente buscan conquistarla. El documento que estamos comentando da informaciones precisas de sus acciones con miras a impresionar a sectores proletarios y algunas de ellas se relacionan en coordinación con sindicatos, etc. No se trata ciertamente, de sólo penetrar en el seno de las masas, de llevarle su conciencia desde el exterior, sino de estructurar el partido de la clase.

Lo primero que debe preguntarse es si los Tupamaros tienen presente la idea del partido obrero; todo hace suponer que no. Cuando hablan de las fuerzas fundamentales de la revolución se refieren al pueblo y dentro de él a los que más sufren, "aquellos sectores más golpeados por la oligarquía y aquellos más esclarecidos". Este criterio no es marxista (los Tupamaros se han definido a sí mismos como marxistas, añadiendo que buscan adecuar el marxismo al Uruguay, actitud que diferencia a los revisionistas); el rol histórico del proletariado arranca del lugar que ocupa en el proceso de producción y del desarrollo de la sociedad capitalista, premisas independientes al mayor o menor grado de su explotación (con seguridad que la aplastante mayoría de los campesinos y los artesanos padecen más miseria que los proletarios). ¿Qué se quiere significar con el término "más esclarecidos"? Parece referirse más al grado cultural de ciertas capas sociales y no a la conciencia de clase, lo que importaría que, de manera indirecta, se coloca en lugar preeminente a los estudiantes: Hay razones para pensar que los Tupamaros buscan un partido de masas policlasista.

Para los Tupamaros es la acción la que debe sustituir a la teoría y es esta actitud la que, tarde o temprano, se levanta como un obstáculo en el camino de la construcción del partido. "Las palabras nos separan, la acción nos une", este principio ideológico y organizativo se opone fundamentalmente al concepto de que el partido es el programa y al apotema leninista de que "no hay acción revolucionaria sin teoría revolucionaria". El programa define la estrategia partidista y también la estructura organizativa del partido. Ni duda cabe que en este caso es la idea la que está modelando un instrumento destinado a modificar una determinada realidad. La acción parte de la teoría y aquella reacciona sobre ésta al enriquecerla.

Queremos decir que no puede haber partido sin programa (la determinación de sus límites supone la polémica con quienes se reclaman del marxismo y también posibles escisiones) y que éste fija la estrategia

y es el resultado de la asimilación crítica de la experiencia nacional e internacional del proletariado.

“La acción como promotora de conciencia y unidad. La necesidad de definir la línea propia por la acción afirmativa y no por la negación sistematizada de las ajenas” rezan las declaraciones de los Tupamaros y que nos permiten sacar importantes conclusiones. El programa es reducido a la acción diaria y está considerada como fuente de la que deben brotar los principios. Esta disolución de la conciencia de clase en el empirismo es la negación misma del partido. Por otro lado, es notable la persistencia en repudiar toda actitud diferenciadora con referencia a las tendencias de izquierda y la búsqueda de la unidad de todos alrededor de enunciados vagos y esquemáticos.

Por este camino no puede construirse el partido revolucionario, aunque es posible agrupar a grandes sectores de admiradores de la acción y de la violencia, considerados como finalidades estratégicas. No es esto lo que estamos buscando sino forjar un instrumento que nos permita realizar la revolución proletaria.

Por ahí leamos que los Tupamaros desean resolver primero el problema de la liberación nacional para luego plantearse el socialismo. Esta es una versión apenas atenuada de la revolución por etapas y es claro que ellos consideran la liberación nacional como tarea democrática. Lo formulado suponía quedarse en medio camino de la revolución, en la etapa burguesa, y preparar la imposibilidad del socialismo. La revolución proletaria es un solo proceso que cumple las tareas democráticas para transformarlas en socialistas. Los Tupamaros desprecian olímpicamente a la teoría y se abandonan en brazos de la acción para resolver los problemas más espinosos de la política, pero aquella ya ha tenido oportunidad de vengarse cruelmente de los activistas. Las “cárceles del pueblo” son presentadas como “una dualidad de poderes que... representa una clara alternativa de poder en el Uruguay convulsionado de hoy”. Este extremo es tanto como confundir la revolución con el estallido de una bomba. Los Tupamaros, aunque se autocalifiquen de marxistas, demuestran no comprender ni conocer el marxismo. Lenin definía así la dualidad de poder: “Junto al gobierno provisional, junto al gobierno de la burguesía, se ha formado otro gobierno, débil todavía, todavía en forma embrionaria pero existente sin duda alguna y en vías de desarrollo: los soviets de diputados obreros y soldados... La composición de clase de este segundo gobierno está definida por la participación del proletariado y los campesinos (con uniformes de soldados)”.

DEMOCRACIA CRISTIANA: DE LA ULTRAIZQUIERDA AL NACIONALISMO

Extraído -de Masas No 4- 11, junio de 1972

1.- Del ultraizquierdismo al nacionalismo burgués

En Latinoamérica -y no sólo en escala nacional estamos asistiendo a los últimos estertores de las direcciones políticas pequeño-burguesas, que en su momento anunciaron el inicio de una política de nuevo estilo, rectificatorio de los errores de las direcciones de izquierda tradicionales. Así debutó el ultra-izquierdismo aventurero. Los reveses sufridos en la lucha diaria y las frustraciones en el intento de imponer organizaciones -primero militares y después políticas- que importen la superación del largo y doloroso camino que supone la estructuración de las vanguardias conforme a las concepciones leninistas, todo esto ha obligado a revisar los planteamientos formulados por la ultraizquierda pequeño-burguesa, lo que no siempre quiere decir que hubiesen sido críticamente superados; contrariamente, la vieja línea ha sido parchada por retazos tomados, precisamente, del arsenal de la llamada izquierda tradicional. En política, cuando un equívoco no es superado por medio del severo balance, reaparece agrandado en las nuevas posturas: los errores son pagados a precio muy elevado.

El ultraizquierdismo pequeño-burgués latinoamericano se ha agotado en el planteamiento y en la práctica del foquismo, esto si tenemos el coraje de formular la cuestión políticamente y no dejarnos enneguecer por el griterío emocional. La política revolucionaria tiene que ser formulada como instrumento liberador de la clase obrera -ese es el más alto destino del marxismo- y no como consuelo y desahogo de la desesperación de los estudiantes. Tenemos ante nosotros la tarea de destruir el régimen social imperante y la construcción de uno nuevo y el afán de hacerle cosquillas al despotismo convertido en gobierno puede muy bien ser catalogado como una chiquillada intrascendente, aunque, ciertamente, puede adquirir

contornos de espectacularidad y atracción para el periodismo sensacionalista. La ultraizquierda boliviana ha dado de sí todo lo que podía dar en Nanchuazú y Teoponte, dos fracasos, dos frustraciones (no estamos discutiendo la calidad personal y el heroísmo de los actores) y dos dramáticas demostraciones de que la revolución sólo puedan hacerla las masas. El vanguardismo petardista no hace la historia porque no cala hondo en la clase revolucionaria, porque no puede encarnarse en ella y porque no se eleva hasta la altura de dirección política (no es casual que anteponga lo militar y las acciones por las acciones a toda otra consideración), es fuego de artificio que no tiene por qué ingresar al arsenal de la revolución.

La ultraizquierda pequeño-burguesa se ha encerrado en si misma (lo que implica su aislamiento de las masas, o del "pueblo" como gustan decir, pues son esencialmente populistas, actúan, viven y desaparecen a espaldas del pueblo) y está obligada a obrar así en su empeño de organizarse y prepararse para consumir la revolución a nombre del "pueblo", encargo que no se sabe quien podía haberle dado. El fojismo, tomando en cuenta sus numerosas variedades, no va más allá de la preciosista preparación de los especialistas en la lucha armada, aunque no lo haya expresado con exactitud, se considera el grupo depositario de la violencia de los explotados, el único capaz de dar materialidad a esa violencia. Por estos caminos extraviados ha concluido reemplazando a la clase revolucionaria, colocándose como alternativa frente a la poca madurez política del proletariado. Todos éstos son aspectos negativos del ultraizquierdismo, porque lo tipifican como un fenómeno extraño y exterior a las masas. En esta medida es ineficaz e intrascendente.

Las teorías fojistas, y sus múltiples variaciones, han significado una reacción al reformismo, poltronería y burocratismo de los partidos stalinistas y, en este aspecto, ni duda cabe, su actitud ha sido positiva, lo que no importa que se las apruebe como correctas desde el punto de vista de los intereses del proletariado. No es casual que las huestes petardistas hubiesen sido, reclutadas, principalmente, entre los jóvenes stalinistas que así dieron expresión a su rebelión contra el derechismo y la colaboración clasista de los partidos comunistas.

Por su naturaleza de clase y su origen histórico la ultraizquierda es la negación de la concepción leninista de la revolución en los países atrasados, donde el problema nacional es de primerísima importancia. De aquí arranca su postura anti-partido bolchevique. Para los pequeño-burgueses radicalizados la revolución sólo puede ser socialista químicamente pura y, acaso por esto mismo, a todas las masas (entre ellas el campesinado) que interviene en este proceso les atribuyen instinto y conciencia socialistas. La clave de toda la estructura de esta tesis se encuentra en el hecho de que siendo intelectuales conocedores de la teoría marxista los destinados a consumir la revolución, ésta no tiene por qué no ser ciento por ciento socialista. Detenerse en el cumplimiento de las tareas democráticas no sería otra cosa que caer en el reformismo y en un distraccionismo lamentable. Las masas pueden tener intereses diversos, pero éstas se diluyen en la concepción socialista que les impone la vanguardia mesiánica.

Por muy bien cincelada que esté una concepción teórica de la revolución no es más que un pronóstico, cuya validez sólo puede ser establecida por la prueba suprema de los acontecimientos. La realidad despiadadamente hace añicos a la utopía más cuidadosamente construida. Sin embargo, éste no es el caso de nuestra izquierda. Su "teoría" –si se nos permite utilizar este término para bautizar un conglomerado de afirmaciones incoherentes y plagiadas de todos lados– es rústica y primitiva en extremo, si se la compara con la enorme riqueza del pensamiento socialista que emerge de las luchas sociales a lo largo de nuestra historia. El nudo gordiano de su concepción ideológica dice que la teoría nacerá de la acción, de la misma manera que el partido de vanguardia. La acción por la acción es la madre de todo. La formulación de que el partido es el programa se les antoja un planteamiento que coloca las cosas patas arriba. La elaboración de esta "teoría" es realizada al margen de la experiencia que las masas adquieren en sus luchas cotidianas.

Cuando el desarrollo de la sociedad desmiente categóricamente los sueños ultraizquierdistas, éstos no tienen el menor reparo en describir un viraje de ciento ochenta grados, hasta colocarse en las antípodas de la revolución puramente socialista, hasta sellar solemnemente su capitulación ante el nacionalismo de contenido burgués. Siguen hablando de la lucha armada, de las acciones por las acciones, de la organización político-militar, del providencialismo de los petardistas, etc; pero, esta vez, para apuntalar la acción y la obra de los nacionalistas; como no pueden reemplazarlos, se convierten en sus puntales desde la izquierda. En muchos países latinoamericanos ya habíamos presenciado el desplazamiento de los guerrilleros desde la intransigencia ultraizquierdista hasta su total entrega a los gobiernos nacionalistas.

Esta vez, en Bolivia, la Democracia Cristiana Revolucionaria ha sorprendido a los observadores lanzando a la circulación una tesis programática que reivindica la validez supratemporal de la estrategia nada menos que del MNR.

El viraje espectacular se opera por encima de las masas, ignorándolas y dando las espaldas a su jugosa experiencia, que, precisamente, demuestra que el nacionalismo ha quedado totalmente sepultado por la movilización, radicalización y politización del proletariado.

“La estrategia revolucionaria del MIR” se llama el testimonio escrito de lo que venimos sosteniendo y que con provecho puede completarse con las declaraciones supuestamente hechas en Bolivia por el Comando Clandestino del MIR (“Punto Final”, 9 de mayo de 1972).

2.- División del MIR

Nos encontramos ante el hecho consumado: el MIR se ha escindido en dos organizaciones contrapropuestas y cada una de ellas, a su turno, reclama para sí el control de la mayoría partidista. Este hecho no cuenta para nada si se trata de analizar las proyecciones políticas de la ruptura y que no puede menos que referirse a las cuestiones programáticas. Una discusión de corte académico ha precedido a la fractura y es en ella donde podemos encontrar los antecedentes que nos pueden permitir formarnos una idea, por lo menos aproximada, de lo que son las tendencias en pugna. Con todo, el desquiciamiento ha sido muy profundo y ha alcanzado a la misma Democracia Cristiana tradicional: una parte de ésta se ha plegado a las posiciones sustentadas por Espartaco, los marxistas, los desprendimientos del maoísmo y del MNR. En el otro extremo se encuentran los demócratacristianos de conocida y larga trayectoria, son éstos los que han adoptado inconfundibles posturas nacionalistas. Los otros, los que durante muchos años oscilaron entre las diferentes posiciones de la izquierda boliviana, se presentan como marxistas leninistas convictos y confesos.

Según sus patrocinadores, el MIR nació para llenar el dramático vacío creado por la ausencia de una vanguardia revolucionaria, en un país que, al decir de la ingenuidad ultraizquierdista, la revolución podía estallar en cualquier momento. El MIR se complació en calificarse de nueva izquierda destinada a garantizar una segura y rápida victoria, oponiéndose así a lo que llamó “tradicional izquierda” y cuyo sino no sería otro que el de convertirse en muro que impida esa victoria. La política fue reducida a su mayor simplicidad: sólo faltaba derribar a los marxistas tradicionales, que, según los monaguillos dinamiteros, eran simplemente una expresión foránea. Esta “crítica” (de alguna forma hay que llamarla) contenía en germen su futuro nacionalismo al repudiar el marxismo extranjerizante. La particularidad del núcleo fundador del MIR radicaba en su desesperado esfuerzo por amalgamar cristianismo y marxismo, en una especie de homilía al heroísmo de los predestinados. Este eclecticismo fue elaborado en los laboratorios de la inconciencia clerical en demedro de la esencia revolucionaria de la doctrina de Marx; se pone de relieve los aportes sociológicos y económicos, pero se pasa por alto la médula revolucionaria del planteamiento. Marx dejó establecido que el aporte y originalidad de su doctrina consistía en que la lucha de clases conducía a la dictadura del proletariado.

El MIR., coincidiendo en este aspecto con la ultraizquierda latinoamericana, sustituye al proletariado con el “pueblo” y a la dictadura del proletariado con el “gobierno popular”, tan caro al stalinismo. El asalariado es la clase social revolucionaria por excelencia y el marxismo es un instrumento ideológico que le permitirá cumplir adecuadamente su misión histórica, todo esto es extraño a la “teoría” demócratacristiana.

En el MIR lo único nuevo era el rótulo; los ingredientes utilizados para conformarlo se fueron decantando en el transcurso de una larga y tortuosa historia y al meterse en un cuero supuestamente novedoso llevaron consigo sus tareas, sus prejuicios y sus limitaciones clasistas. No existían razones para esperar que la pequeña-burguesía estudiantil demócrata cristiana se transformase por el simple hecho de encubrir sus ideas vergonzantes bajo otro rótulo, que seguramente fue adoptado por insinuar posturas “extremistas”. Como demócratacristianos mezclaron resabios del nacionalismo con las postulaciones socializantes de la izquierda de la iglesia, poniendo mucho empeño en acentuar su posición tercerista (ni comunismo ni capitalismo, comunitarismo cristiano, etc.). No eran más que la extrema izquierda del nacionalismo y en calidad de tal se aproximaron, una y otra vez, a los gobiernos que decían tener en mente acabar con la dependencia del país y modernizarlo (pudieron saborear lujuriosamente las fruiciones del poder sin mayores cargos de conciencia). Los demócrata cristianos miristas tienen todavía que responder de

su pasado cerradamente anticomunista y de su colaboración al gorila Barrientos. Este pasado nada honorable es una de las causas, entre otras muchas, que les impide asimilar debidamente el marxismo. Los otros elementos que se congregaron en el MIR ostentan igualmente un largo pasado político. Si se habla de que la izquierda tradicional nada ha hecho (planteamiento con el que no estamos absolutamente de acuerdo), gran parte de la responsabilidad corresponde, precisamente, a los miembros del MIR.

El MIR apareció como una agrupación ultraizquierdista, embriagada con sus sueños de grandeza, unida no alrededor de su programa político (como aconseja el marxismo "ortodoxo") sino de la decisión de actuar y de fabricar héroes. Entonces era ya posible vaticinar que tendencias tan heterogéneas sólo podrían vivir bajo el mismo techo hasta el momento en que se planteasen cuestiones principistas. Y eso es lo que ha ocurrido, en efecto. Cuando la democracia cristiana tradicional sacó de la manga una tesis acentuando su nacionalismo, los grupos que se reclaman del marxismo no tuvieron más camino que rechazar semejante desvarío y responder con sus propios planteamientos.

La fractura del MIR, a los pocos meses de haber mal nacido, viene a poner en evidencia que en materia de construcción de la vanguardia revolucionaria no hay más camino que el leninista, que es válido allí donde existe el proletariado y donde es preciso dar expresión organizativa a la conciencia de clase. El rigor programático es el punto de arranque del partido y es éste el que define ya su naturaleza estructural y actúa como cernidor por donde tiene que pasar la militancia. La formación de cuadros revolucionarios, que no puede siquiera concebir en ausencia de normas principistas, tanto en la militancia y disciplina partidistas, como en la actuación en el seno de las masas, precisa, necesariamente, un determinado lapso, que inútilmente la desesperación de los intelectuales pretende eliminar. Tenemos a la vista el fracaso de una otra receta que pretendió reemplazar a los partidos de izquierda tradicionales. No puede haber la menor duda de que el grueso de la militancia joven de la vieja democracia cristiana buscó sinceramente hacerse marxista y se abandonó en brazos de su dirección cuando ésta le ofreció una forma de cumplir ese cometido en brevísimo tiempo. El pretendido trabajo de asimilación del socialismo científico no fue otra cosa que el plagio de retazos doctrinales en diversas tiendas partidistas. Para poder plagiar es necesario que alguien hubiera dicho primero su verdad; este hecho no sólo que es inmoral sino que pone en evidencia la falsedad de la especie de que la izquierda no hizo nada hasta la milagrosa aparición del MIR.

El intento de aprender marxismo de los jóvenes miristas ha sido brutalmente estrangulado, desde el momento en que su dirección ha realizado un brusco retroceso ideológico, hasta colocarse en posiciones francamente nacionalistas. Este retorno a los planteamientos nacionalistas contenidos en la Democracia Cristiana los ha hipertrofiado en desmedro de las posiciones marxistas y se opera ignorando los progresos realizados en el camino de la evolución de la conciencia de clase del proletariado. La clase se ha ido estructurando como tal en viva lucha contra las limitaciones nacionalistas de contenido burgués, a través de la formulación de una atrevida estrategia que señala la urgencia de estructurar el gobierno obrero y la apertura de la perspectiva socialista. Los democristianos, de miristas, fijan como su norte la lucha por el Estado nacional fuerte y la estructuración de la sociedad alrededor de él, esto es puro democratismo, puro nacionalismo, movimientismo cien por cien, en síntesis, es una tesis contrarrevolucionaria.

"La estrategia revolucionaria del MIR" dice: "Nuestra revolución es pues una revolución por la conformación del Nacional Boliviano (así con mayúsculas) y la liberación de las clases trabajadoras a través de la construcción del socialismo en nuestro país".

Es tan importante este planteamiento para ellos que "la lucha para la conformación de un Estado Nacional Boliviano" es identificado "con la lucha por la liberación nacional".

Las luchas de clases en Bolivia son reducidas a "la lucha de todo un pueblo por configurar un Estado Nacional y una Nación Boliviana fuerte, independiente y dueña única de su destino". Podrían añadirse más citas de este estilo.

El propugnar como contradicción fundamental para Bolivia el choque entre "Nación y anti-nación", sólo puede tener sentido si a esta última se la identifica con el imperialismo. Queremos entender que aquí se trataría de la lucha por el Estado nacional y no de otra cosa. No sólo que no es aconsejable sino que constituiría una impertinencia el crear artificialmente el problema de nacionalidades oprimidas, planteamiento que debe conducir a sentar el derecho de separación del seno del actual Estado.

La anterior tesis puede encubrir una gravísima conclusión: la opresión imperialista importaría la anulación o por lo menos la disminución de la lucha de clases dentro de la nación oprimida. Lo que ocurre es exactamente lo contrario: la opresión imperialista acentúa la lucha de clases, esto porque la liberación nacional sólo puede consumarse bajo la dirección del proletariado, si éste logra convertirse en caudillo nacional, lo que supone que derrote políticamente a las direcciones políticas de las otras clases. Puede ser que esta batalla por ganar la dirección se desarrolle dentro del marco del frente antiimperialista, pero importa la expresión más elevada de la lucha de clases, precisamente por alcanzar un nivel político. La lucha y el aplastamiento del imperialismo sólo puede materializarse por el camino de la presencia de la clase obrera, de su nítida fisonomización ideológica y organizativa, al extremo que le permita arrastrar al grueso de las masas detrás de sí. No hay lugar para un pacto formal entre potencias, que de producirse concluiría sometiendo al proletariado a direcciones extrañas.

La lucha antiimperialista debe estar dirigida por el proletariado. Dentro de esta perspectiva no hay lugar para la concepción de la supuesta contradicción fundamental entre Nación y anti-nación.

“Estrategia Revolucionaria del MIR” señala, una y otra vez, que el MNR fue una dirección acertada de las masas, por lo menos hasta poco después de 1952. En la pág. dos se lee que “Busch, Villaruel y Torres señalan la presencia de la Patria”. A la luz del espíritu marxista resulta muy difícil identificarse con esta afirmación típicamente nacionalista, pequeño-burguesa y por momentos chovinista. La COB presenta estas experiencias como intentos fallidos de realización de las tareas democráticas. Debido a que por esta vía no es posible superar el atraso del país, se abre la perspectiva de la llegada del proletariado al poder.

En otro lugar, página 16, se lee: “El MNR demostró en los hechos haber asimilado correctamente la experiencia de la violencia que caracteriza a la historia nacional al extremo de haberla utilizado, esta vez victoriosamente en contra de las clases dominantes”. Esta concepción elogiosa parece involucrar la opinión de que el MNR fue, en algún momento, la auténtica dirección de los explotados, pues el único reparo que se le pone es su “populismo” y a la certidumbre de que su estrategia es totalmente extraña a la del proletariado.

No es un misterio para nadie que el documento de la democracia cristiana disfrazada de MIR ha sido escrito tanto para complacer a ciertas fracciones movimientistas, que están interviniendo activamente en los trajines golpistas de grupos militares, como para satisfacer la urgencia de marcar en letras de molde el retroceso ideológico y político operado en las filas cristianas. Probablemente la indisimulada inclinación al golpismo es identificado con la persistencia del apego a los métodos militaristas. Ultimamente el sedicente MIR se ha definido como organización político-militar. La lucha de clases es lucha política y no militar, las actividades militaristas, igual que las sindicales o de cualquier otra índole, son secundarias y están totalmente subordinadas a la política. Si se aceptase la dominación que los demócrata-cristianos pretenden dar a la vanguardia de los explotados, habríale que añadir otros términos: sindical, universitaria, etc. No se trata únicamente de si las palabras están o no bien utilizadas sino de que esa terminología denuncia un intento de revisión radical de la concepción leninista del partido. Además de una vanguardia política se precisa que ésta sea, sobre todo y ante todo, un grupo armado. Como se ve, nos encontramos frente a la persistencia de las teorías foquistas.

¿Por qué decimos que los demócratacristianos son proclives al golpismo? Se trata de una conclusión obligada de su retorno a las concepciones nacionalistas. Aún considerando este nacionalismo como inconsciente, se tiene que estar de acuerdo que tiende a desembocar en el golpismo; el nacionalismo, en último término, desconfía y tiene miedo a las masas, particularmente al proletariado. Sus sectores más avanzados plantean el cumplimiento de la transformación capitalista sin una participación efectiva de las masas y las transformaciones políticas ideales son para ellos las que se realizan en frío, sin correr el riesgo de que los obreros las convierten en revoluciones sociales.

La concepción vanguardista (un pequeño grupo realizando la historia a su capricho) encaja en las direcciones políticas nacionales y no es de exclusiva paternidad del foquismo. En la página diez y ocho del documento que comentamos se sostiene el siguiente despropósito:

“Sin embargo un movimiento revolucionario no espera pasivamente el desarrollo mecánico y espontáneo de las condiciones objetivas (el marxismo enseña que la madurez o inmadurez de las condiciones objetivas de la revolución no dependen de la voluntad de los líderes políticos ni de nadie) sino que, provisto de

la teoría científica del devenir histórico, actúa sobre ellas a fin de imprimirles un desarrollo y un ritmo favorables a la revolución". Seguidamente señala que son los hombres quienes con su conducta "aceleran el desarrollo y madurez de tales condiciones". Aquí puede encontrarse por lo menos un germen peligroso, que, en determinadas condiciones, concluiría en el aventurerismo.

El MIR que se reclama del marxismo ha rechazado las proposiciones de la Democracia Cristiana en el documento titulado "Contra el oportunismo nacionalista en el seno del MIR". Este MIR está constituido por parte de la misma Democracia Cristiana, por los marxistas independientes, por los sectores maoístas y movimientistas. Este sector puede evolucionar posteriormente hacia posiciones verdaderamente marxistas, posibilidad que plantea su documento. Con estos elementos podemos discutir, esto porque hablamos el mismo lenguaje, y tener la esperanza de que concluyan adoptando posiciones del todo correctas.

Con todo, dicho documento peca de hibridez porque ha sido redactado para complacer a sectores diversos y disímiles entre sí y en esta medida repite el error del primitivo MIR. Su transformación en un verdadero partido revolucionario exige mayor homogeneidad ideológica, lo que sólo puede lograrse a través de una polémica principista más severa. Como rechazo del nacionalismo puede estar bien lo que está escrito, pero es insuficiente como eje de formación del partido revolucionario.

EL MNR, modelo estrategico

Los demócratas cristianos disfrazados de miristas se refieren, una y otra vez, al MNR como un modelo de estrategia, como una fuerza revolucionaria que ha sabido acaudillar e interpretar a las masas (esto solo puede entenderse como un planteamiento de que la revolución en Bolivia solo puede ser democrática). Si se parte de este absurdo es claro que no se quiere organizar un partido revolucionario de la clase obrera. Porque si todavía tenemos que recorrer el camino del Estado nacional, que será realizado según la justa estrategia movimientista, es claro que la clase obrera no puede considerar que ha llegado su hora, tendrá todavía que madurar y educarse en la escuela de la democracia capitalista.

En resumen: la democracia cristiana disfrazada de MIR ha realizado un espectacular retroceso a sus viejas posiciones contrarrevolucionarias y ha demostrado, una vez más, que el ultraizquierdismo lleva en su sangre la posibilidad de su desplazamiento hacia las posiciones nacionalistas, siempre pasando por encima de las masas y de la clase obrera.